



El local era una especie de pasillo que a un lado tenía la barra y al otro unas mesas pequeñas con una silla a cada lado pegadas a la pared. El espacio no daba para más, pero encontramos una mesa libre y nos sentamos.

-¿Te acuerdas de cuando nos dábamos paseos por la carretera después de cenar?- me preguntó de repente.

Y recordé la bóveda formada por miles de estrellas. Era un techo maravilloso para nuestras conversaciones que se prolongaban hasta las dos, las tres o más de la madrugada. Los temas, a medida que nos adentrábamos en la oscuridad, se iban tornando menos superficiales influidos por el silencio y el espectáculo del universo entero sobre nuestras cabezas.

-A veces llegábamos hasta el “pozo el sesenta”, e incluso más lejos.

-Es verdad- recordé.

Y cuando estábamos mirando a la nada, inmersos en nuestros recuerdos, pasó un joven con traje y con la chaqueta me tiró la taza de café encima.

-Si es que esto es un “cuchitril”- se oyó decir a alguien.

Se disculpó el joven que se fue con un lamparón; ni me molesté en pedir otro café pensando que se me estaba haciendo tarde para la reunión de trabajo. Entonces me volvió a preguntar mi paisano.

-¿Te acuerdas cuando quemábamos pedos?

Asentí y nos reímos los dos y recordé a alguno de nosotros tumbado en la carretera con las piernas en alto y otro acercándole una cerilla al culo. Al soltar la ventosidad se producía a veces una llamarada y cuando esto ocurría, nos reíamos tanto que nos revolcábamos por el suelo.

Después de un rato de darle vuelta a los recuerdos decidimos que ya era hora de irnos. Al salir a la calle, casi nos lleva una moto por delante que circulaba pegada a la acera y que hacía un ruido con el tubo de escape que nos dejó medio sordos.

La boca del metro vomitaba personas a intervalos regulares y nos fuimos acercando a ella para despedirnos. Prometimos llamarnos por teléfono sin mucha convicción y me adentré en el subsuelo, notando un olor entre humedad y cloaca mientras mi paisano me gritaba algo que no oí porque en ese momento pasó un horterero con la radio del coche a todo volumen.

Mientras pensaba que eso tenía que estar penado por la ley, recordé los paseos nocturnos por la carretera y con ese bálsamo me hundí en las entrañas de la tierra rodeando de gente que no se saludaba al pasar.

Alejandro Sacristán Martínez

Mayo de 2.009